

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Juan Pablo II

Mensaje

LXXVII JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2003

María y la misión de la Iglesia en el año del Rosario

19 de octubre de 2003

1. Desde el inicio, quise poner mi pontificado bajo el signo de la especial protección de María. En diversas ocasiones he invitado a toda la comunidad de los creyentes a revivir la experiencia del Cenáculo, donde los discípulos *«perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de (...) María, la madre de Jesús»* (Hch 1,14). Ya en mi primera Encíclica, *Redemptor hominis*, escribí que sólo en un clima de oración ferviente es posible *«recibir al Espíritu Santo, que desciende sobre nosotros, y convertirnos de este modo en testigos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra, como los que salieron del Cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés»* (n. 22).

La Iglesia toma cada vez mayor conciencia de que es "madre" como María. Ella es *«la cuna — afirmé en la bula Incarnationis mysterium, con ocasión del Gran Jubileo del año 2000— en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos»* (n. 11). Por este camino espiritual y misionero desea proseguir, acompañada siempre por la Virgen santísima, Estrella de la nueva evangelización, aurora luminosa y guía segura de nuestro caminar (cf. *Novo millennio ineunte*, 58).

María y la misión de la Iglesia en el Año del Rosario

y guía. Bajo la acción del Espíritu Santo, nos ayuda a adquirir la «*tranquila audacia*» que capacita para transmitir a los demás la experiencia de Jesús y la esperanza que sostiene a los creyentes (cf. *Redemptoris Missio*, 24).

¡Contemplemos siempre a María, modelo insuperable! En su espíritu todas las palabras del Evangelio encuentran un eco extraordinario. María es la "memoria" contemplativa de la Iglesia, que vive con el deseo de unirse más profundamente a su Esposo para influir aún más en nuestra sociedad. ¿Cómo reaccionar ante los grandes problemas, ante el dolor inocente y ante las injusticias perpetradas con arrogante insolencia? Siguiendo dócilmente el ejemplo de María, que es nuestra Madre, los creyentes aprenden a reconocer en el aparente "silencio de Dios" la Palabra que resuena en el silencio por nuestra salvación.

Iglesia más santa: el Rostro de Cristo imitado y amado

4. Todos los creyentes están llamados, por el bautismo, a la santidad. El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática *Lumen gentium*, subraya que la vocación universal a la santidad consiste en la llamada de todos a la perfección de la caridad.

Santidad y misión son aspectos inseparables de la vocación de todo bautizado. El esfuerzo por llegar a ser más santos está estrechamente vinculado al de difundir el mensaje de la salvación. «*Todo fiel — recordé en la Redemptoris Missio— está llamado a la santidad y a la misión*» (n. 90). Contemplando los misterios del Rosario, el creyente se siente impulsado a seguir a Cristo y a compartir su vida hasta poder decir con san Pablo: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2,20).

Si todos los misterios del Rosario constituyen una significativa escuela de santidad y de evangelización, *los misterios de luz* ponen de relieve aspectos singulares de nuestro "seguimiento" evangélico. El Bautismo de Jesús en el Jordán recuerda que todo bautizado es elegido para llegar a ser en Cristo «*hijo en el Hijo*» (Ef 1,5; cf. *Gaudium et spes*, 22). En las bodas de Caná, María invita a la escucha obediente de la palabra del Señor: «*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5). El anuncio del Reino y la invitación a la conversión son una clara consigna para todos a emprender el camino de la santidad. En la Transfiguración de Jesús, el bautizado experimenta la elevación por la gracia. Al meditar en la institución de la Eucaristía,

Una valiosa consigna

6. La tarea de la animación misionera debe seguir siendo un compromiso serio y coherente de todo bautizado y de toda comunidad eclesial. Una función más específica y peculiar compete, ciertamente, a las Obras Misionales Pontificias, a las que expreso mi gratitud por todo lo que generosamente están llevando a cabo.

A todos quisiera sugerir que intensifiquen el rezo del santo Rosario, de forma individual y comunitaria, para obtener del Señor las gracias que la Iglesia y la humanidad más necesitan. Mi invitación se dirige a todos: niños y adultos, jóvenes y ancianos, familias, parroquias y comunidades religiosas.

Entre las numerosas intenciones, no quisiera olvidar la de la paz. La guerra y la injusticia tienen su origen en el corazón "dividido". «*Quien interioriza el misterio de Cristo —y el Rosario tiende precisamente a eso— aprende el secreto de la paz y hace de él un proyecto de vida*» (*Rosarium Virginis Mariae*, 40). Si el Rosario marca el ritmo de nuestra existencia, podrá transformarse en instrumento privilegiado para construir la paz en el corazón de los hombres, en las familias y entre los pueblos. Con María podemos obtenerlo todo de su Hijo Jesús. Sostenidos por María, no dudaremos en dedicarnos con generosidad a la difusión del anuncio evangélico hasta los confines de la tierra. Con estos sentimientos, os bendigo a todos de corazón.

Vaticano, 12 de enero de 2003, Fiesta del Bautismo del Señor.